den, la paz, el trabajo y la abundancia: las casas, ó mas bien los palacios de los scheik los dominan del mismo modo que los castillos góticos de Europa dominaban las poblaciones en otro tiempo; y las lomas de estos collados estan ocupadas por grandes conventos de frailes maronitas, semejantes á inmensas fortalezas.

Desde el camino veíamos entrar y salir á los monjes que conducian el arado á los campos, ó que iban á recojer la hoja de las moreras: los árabes, sin distincion de sexo, trabajaban pacíficamente en los cercados, y nos dejaban pasar sonriendo, al ver nuestros trages europeos. El scheik y sus principales oficiales estaban ordinariamente sentados sobre una alfombra á la puerta de su palacio ó debajo de un sicomoro: allí fumaban y nos saludaban al pasar, llevando la mano sobre su corazon, y diciendo: ¡*Sala el kaer*! ¡Dios bendiga el dia para vosotros, viajeros!

Por último llegamos á la llanura, que atravesamos por bajo una bóveda de follage formada de larguísimas cañas, por las palmeras, las higueras, las moreras y parras. A trechos salia de este bosque de hojarasca alguna casa aislada de un labrador árabe ó griego-siriaco, cuyos chicuelos jugaban delante de la puerta con carneros de Siria, que tienen una cola muy gruesa; las jóvenes con el rostro descubierto llevaban sobre sus cabezas los cántaros de agua, y el padre y la madre al pie de las moreras, haciendo vistosas telas de seda, atando las hebras desde un arbol al otro, y tejiéndolas andando por debajo de su sombra. La Escocia, la Sajonia, la Savoya y la Suiza no presentan al

viajero mas escenas de vida, de felicidad y de paz que las pendientes de estos montes del Líbano, donde uno solo esperaba encontrar bárbaros y hotentotes.

5 de octubre.

Felizmente he encontrado con salud á mi mujer é hija, ocupadas en embellecer y adornar nuestra mansion de invierno: he pasado con ellas algunos dias antes de partir para la Palestina y el Egipto.

Ibrahin-Pachá ha obtenido en Homs una decisiva victoria: se adelanta hácia la Caramania, y pasará el Tauro ahuyentando á los turcos. De este modo no hay que temer por la seguridad y la tranquilidad del pais, y yo viajaré sin cuidado por los objetos mas caros que poseo en el mundo. Nuestros nuevos amigos de Beyruth MMr. Bianco, Jorelle, Faren Laurella, y Abost, proveerán á las necesidades que les puedan sobrevenir. Voy á organizar definitivamente mi caravana, y á partir tan luego como la primera lluvia haya templado el calor de treinta grados, que todavia reina en la costa de Siria.

VIAJE POR SIRIA Y PALESTINA, DESDE BEYRUTH, A JERUSALEN.

8 de octubre.

Hoy á las tres de la tarde he montado á caballo, saliendo de mi casa con diez y ocho de comitiva y el bagage que forma la caravana: he pasado la noche en el kan, á tres horas de Beyruth,

CAPILLA ALFONSINA
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
F. 3. 11

por el mismo camino que he seguido y descrito para ir á casa de Ladi Stanhope. -- Al dia siguiente he salido á las tres de la mañana, y á las cinco he pasado el rio Tamur, antiguo Tamiris, cuyas orillas están guarnecidas de adelfas: he seguido la playa, á donde la espuma de las olas venia á lavar los pies de los caballos, hasta Sayda, antigua Sidon, como he dicho otras veces, hermosa sombra de la destruida ciudad, cuyo nombre ha perdido, y de cuya grandeza pasada no queda resto alguno. Una línea circular de enormes rocas ciñe ó rodea una dársena obstruida por la arena: algunos pescadores con sus hijos, llevando las piernas desnudas, empujaban hácia el mar un barquichuelo sin palo y sin velas, y esta era toda la idea marítima que ofrecía este puerto de la reina de los mares.

En Saida nos apeamos en el kan francés, inmenso palacio de nuestro antiguo comercio en la Siria, donde nuestros cónsules reunian á los comerciantes de todas las naciones bajo el pabellon de la Francia. Ya no hay comercio ni franceses: en el vasto kan desierto de Sayda, solo queda el antiguo y respetable agente del consulado, Mr. Giraudin, el cual vive allí hace cincuenta años en medio de su familia enteramente oriental: él nos recibió como á un viajero compatriota en un pais en donde la hospitalidad antigua se ha conservado tanto. He comido allí, y dormido algunas horas, gracias á esta familia escelente que me ha prodigado las inesperadas atenciones de la hospitalidad mas cordial, y hasta los pequeños servicios que podian hacerme gratas estas cortas horas de descanso: sobre las cuatro de la tarde

hemos montado á caballo acompañados de los hijos y amigos de la familia de Giraudin: á uno de ellos corrió el Dgerid delante de nosotros sobre un caballo árabe: á dos leguas de Sayda se han despedido. Hemos continuado dos horas de marcha todavia, yendo á dormir bajo nuestras tiendas, junto á una hermosa fuente llamada *el Kantara*, á la orilla del mar. Un árbol gigantesco cubria toda la caravana, y bajaba hasta la playa un jardin delicioso: otra caravana de camellos estaba esparcida á nuestro rededor en el mismo campo: se ha pasado la noche en la tienda entre los relinchos de los caballos, los gritos de los camellos, el humo del fuego que se habia encendido por la tarde, y la trasparente luz de la lámpara al través del rayado lienzo de la tienda. Los recuerdos de una vida tranquila, de mi casa, de mi familia, y de los amigos distantes, vinieron á preocuparme, mientras que descansaba mi pesada y ardiente cabeza sobre la silla de montar que me servia de cabecera. Por la mañana, al tiempo que los mukres y los esclavos embridaban los caballos, dos ó tres árabes quitan las falcas de la tienda, conmueven el poste que la sostiene, cae, y los lienzos anchurosos y tendidos que cubrian á toda la familia del viajero, caen tambien á tierra, convirtiéndose en un lio de tela, que coloca un camellero debajo del brazo, y lo cuelga á la silla de su mula. El sitio en donde estaba uno establecido, como en una habitacion permanente, ha quedado vacio, y no ofrece otra cosa que el fuego abandonado que humea todavia, y que el sol va á acabar de estinguir. Esta verdadera, singular y viva imágen de la vida, presentada mucha veces en la Biblia, se reprodu-

CAPILLA ALFONSINA
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
U. A. N. L.

ce en mi memoria cuantas se ofrece á mi vista espectáculo semejante.

Salimos de Kantara antes de amanecer: subimos algunos áridos y pedregosos collados, que se adelantan como promontorios en el mar. Desde la cumbre del último y mas elevado de ellos, se descubria á Tiro colocado á la estremidad de su vasta y estéril colina. Entre el mar y las últimas alturas del Líbano, que bajan aquí con mucha rapidez, se estiende una llanura de ocho leguas de largo, y de una ó dos de ancho, desnuda, amarillenta, con algunos arbustos espinosos, cuyos tallos han arrancado con los dientes y comido los camellos al pasar. Esta llanura penetra en el mar, y forma á su estremidad una península que se comunica con el continente por medio de una calzada cubierta de arena dorada, arrojada allí por los vientos de Egipto.

Tiro, llamado ahora Sour por los árabes, está situado en la mas aguda estremidad del promontorio, como si saliese de las olas: de lejos parece una ciudad nueva, blanca y viva, que se está mirando en el mar, cual en un espejo; mas esta ilusion se desvanece al acercarse. Unos cuantos centenares de casas que se están desplomando, y casi desiertas, en donde los árabes reunen por la tarde los numerosos ganados de carneros, y de cabras negras con sus largas orejas colgando, que desfilan por delante de nosotros en el llano; he aquí á la Tiro actual. No tiene puerto sobre los mares, ni caminos sobre la tierra: hace tiempo que se han cumplido en ella las profecías!

Caminábamos en silencio contemplando el luto y el polvo del imperio que pisábamos. Seguiamos una trillada senda en medio de los campos de Tiro, entre la ciudad y las colinas desnudas que el Líbano prolonga hasta el borde del llano; llegamos á la altura misma de la ciudad, y tocamos un monton de arena que parece ser en el dia su única defensa, hasta que se sepulte enteramente; yo pensaba en las profecías y procuraba recordar algunas de las elocuentes amenazas que el soplo divino habia inspirado á Ezequiel. No recordaba las palabras, pero las veia en la deplorable realidad que tenia delante. Una estrofa compuesta por mí al partir de la Francia, vino solamente á mi memoria:

Ni he percibido el clamor de las naciones resonante en los antiguos cedros, ni he visto las proféticas águilas desde lo alto del Líbano cual abaten su vuelo sobre los palacios de Tiro á una señal de Dios.... Yo no he reclinado mi cabeza sobre la árida tierra en que solo conserva Palmira el eco de su nombre: yo no he hecho resonar con mi planta solitaria el vacio imperio de Memnon!

Hallábase delante de mí el negro Líbano; pero me decia á mí mismo: yo no veo ni las águilas, ni los buitres, que para cumplir las profecías debian bajar sin cesar de las montañas á devorar este cadáver de ciudad reprobada de Dios y enemiga de su pueblo. En el momento en que hacia esta reflexion, vimos á nuestra izquierda, y en la cima de un peñasco que se interna en el llano en este sitio, y hasta el camino que siguen las caravanas, cinco bultos inmóviles, estraordinarios, grandes, que parecian cinco estátuas negras colocadas sobre el risco, cual sobre un

CAPILLA ALFONSINA
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

pedestal. El casi imperceptible movimiento de estas figuras colosales, nos hizo creer al acercarnos que eran cinco árabes beduinos vestidos con sus sacos de pelo de cabra negro, que miraban como pasábamos desde lo alto de esta loma; mas cuando estuvimos á unos cincuenta pasos de distancia, vimos á una de estas cinco figuras abrir sus anchurosas alas, y agitarlas con un ruido semejante al de una vela que se despliega al viento: entonces reconocimos cinco águilas de la mas grande raza que se haya visto jamás en los Alpes, ó encadenadas en las casas de fieras de nuestras capitales. Estas aves no volaron ni se movieron cuando nos acercamos: fijas allí, como los reyes del desierto, sobre la estremidad de la peña, miraban á Tiro, como un alimento que les pertenecia, y adonde iban á volver. No parecia sino que la poseian por derecho divino, como instrumentos de una órden que ejecutaban, de una venganza profética que tenian la mision de cumplir con los hombres, y á pesar de los hombres. Yo no podia cansarme de contemplar esta profecía en accion, este asombroso cumplimiento de las amenazas divinas que habia llegado á presenciar: no habian distiguido mis ojos ninguna cosa mas sobrenatural, y necesitaba de un esfuerzo de mi razon para no figurarme detrás de estas cinco águilas gigantescas el grande y terrible rostro del profeta de las venganzas, Ezequiel, elevándose por encima de ellas, señalándoles con el dedo la ciudad que Dios les mandaba devorar, mientras que el viento de la cólera divina hacia ondear su blanca barba, y el fuego de la cólera celeste brillaba en sus ojos de profeta.

Nos detuvimos á cuarenta pasos de las águilas, y no hicieron mas que volver la cabeza con desden para observarnos. Dos de los nuestros se desprendieron de la caravana, y corrieron hácia ellas á galope con las escopetas en las manos hasta el pie mismo de la roca; tampoco se movieron. Algunos tiros con bala las hicieron volar con pesadez, pero rodaron algun tiempo sobre nuestras cabezas sin que las tocase bala alguna, como si nos hubiesen querido decir: «¡Nada nos podeis hacer porque somos las águilas de Dios!»

Reconocí entonces que mi imaginacion poética me habia representado las águilas de Tiro menos verdaderas, menos hermosas y menos estraordinarias de lo que eran, y que en el *mens divinior* de los poetas, hasta en los mas oscuros, hay algo del instinto profético que sin saberla dijo la verdad.

Despues de siete horas de marcha llegamos á mediodia á un sitio del llano de Tiro llamado los Pozos de Salomon, descritos por todos los viajeros. Estos son tres recipientes de agua límpida y corriente, que sale por encanto de una tierra baja, seca y árida, á dos millas de Tiro. Cada una de estas pilas ó recipientes tiene una elevacion de veinte pies sobre el nivel del llano, y el agua que contienen rebosa y se derrama, en términos que su curso mueve dos ruedas de molino: estas aguas llegan á Tiro por acueductos, medio antiguos y medio modernos, que producen buen efecto en el horizonte. Dícese que Salomon hizo construir estos tres pozos para recompensar á Tiro y á su rey Hiram de los servicios que habian prestado su marina y sus artis-

CAPILLA ALFONSINA
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
U. A. N. L.

tas para la construccion del templo: Hiram habia conducido los mármoles y los cedros del Líbano. Tiene cada uno de estos pozos inmensos sesenta ú ochenta pies de circuito cuando menos; no se conoce su profundidad, y uno de ellos no tiene fondo. Nadie ha podido saber el conducto misterioso que lleva allí el agua de las montañas: al verlos creen algunos que son pozos artesianos muy vastos, inventados mucho antes de esta reinvencion moderna.

Dejamos los pozos de Salomon á las cinco de la tarde, y despues de andar dos horas en el llano de Tiro, llegamos de noche ya al pie de un alto monte, al parecer cortado á pico sobre el mar, y que forma el cabo Raz-el-Abiad. La luna se elevaba entonces por encima de la negra cumbre del Líbano, y á nuestra izquierda, pero no lo suficiente para iluminar sus laderas; y sus rayos que nos dejaban en la sombra, se reflejaban sobre grandes pedazos de rocas blancas, en los cuales brillaba su luz como una llama sobre el mármol. Estas rocas, que llegaban hasta el mar, presentaban un escollo donde se estrellaban las olas, cuya espuma saltaba hasta nosotros; y el ruido sordo que hacian estas al romper, resonaba y conmovia la cornisa estrecha y suspendida sobre el precipicio, por donde nosotros caminábamos; á lo lejos resplandecia el mar como una sábana de plata: el llano de Tiro se estendía á nuestra espalda, y se le distinguia aun confusamente por las líneas de arena amarilla y dorada que señalaban su estremidad á la inmediacion de las aguas; la sombra de Tiro venia á terminar un promontorio, y una luz encendida casualmente sin duda, iluminaba sus ruinas; mas esta luz, que podia tomarse desde

lejos por faro, era el faro de la soledad y del abandono, pues á ningun buque servia de guia; no la veian mas ojos que los nuestros, y no atraía otra cosa sino una mirada de compasion sobre aquéllas desoladas ruinas. Este camino en el precipicio con todos los accidentes variados, sublimes y solemnes de la noche, la luna, el mar y los abismos, duró cerca de una hora, y esta hora fué una de las que mas fuertemente se han impreso en mi memoria, entre las que Dios me ha permitido contemplar sobre su tierra. ¡Puerto sublime para entrar al otro dia en el pais de los milagros! ¡tierra de testimonio, que está impresa toda con las huellas del antiguo y del nuevo comercio entre Dios y los hombres!

Al descender de la cumbre del cabo, tuvimos las mismas vistas que habiamos contemplado al subir; precipicios igualmente profundos, sonoros, blanqueados por la espuma, y sembrados de quebraduras en las resplandecientes rocas vivas, se abrian bajo nuestros pies, ó se observaban á lo lejos: rompia el mar con el mismo estrépito que á lo largo de toda la borrascosa costa de Siria, como la llaman las antiguas poesias hebreas: la luna mas adelantada en su carrera, iluminaba mejor esta escena tumultuosa y solitaria á un tiempo, y la vasta llanura de Tolemayda se comenzaba á estender delante de nosotros. Eran las nueve de la noche; nuestros caballos fatigados por trece horas de marcha, sentaban sus herrados pies con lentitud sobre las puntiagudas y relucientes peñas que forman los caminos de Siria, y bajaban ó subian los irregulares escalones que no se espondría uno á pasar sobre los caballos ni sobre las mulas de

CAPILLA ALFONSINA
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
F. A. N. L.

Europa. Nosotros mismos rendidos de cansancio, y penetrados de asombro por la grandeza del espectáculo y por los recuerdos de las escenas, que se habian sucedido sin interrupcion en aquella jornada, andábamos silenciosos á pie, llevando nuestros caballos de la brida, y mirando ya el mar, que teniamos que atravesar otra vez para restituirnos á nuestros rios y nuestros montes, ya la cima prolongada y sin ondulacion del Carmelo, que comenzaba á distinguirse en los últimos límites del horizonte.

Llegamos por fin á una especie de kan, ó mas bien á una masía medio destruida, donde un pobre árabe cultiva algunas higueras y calabazas entre las grietas de las peñas á la inmediacion de una fuente: esta masia estaba ocupada por camelleros de Naplusa que traian trigo á Siria para el ejército de Ibrahin: su fuente estaba apurada por los calores del otoño: á pesar de esto establecimos nuestras tiendas sobre un piso cubierto de piedras redondas y movedizas, atamos nuestros caballos á los postes, y bebimos con economía la poca agua que quedaba en las vasijas que habiamos llenado en los pozos de Salomon.

Desde el llano de Tiro y la bajada de las montañas, comienza á escasear el agua, porque las fuentes no se hallan sino á cinco ó seis horas de distancia, y muchas veces cuando se llega á ellas solo se encuentra en sus cáuces un fondo seco y ardiente, que conserva las huellas de los pies de los camellos ó de las cabras que han bebido las últimas.

El dia once por la mañana levantamos las tiendas al resplandor de las estrellas, que se reflejaban en las olas tendidas á nuestros pies; bajamos por espacio de una hora las últimas colinas que forman el cabo blanco, ó Raz-el-Abiad, y entramos en el llano de Acre, que es la antigua Tolemayda.

La ciudad de San Juan de Acre, sitiada por Ibrahim-Pachá, habia sido reducida á un monton de ruinas, entre las que estaban envueltos de diez á doce mil cadáveres, y millares de camellos. Ibrahim, vencedor y con prisa de volver á poner su importante conquista al abrigo de un golpe de mano, se ocupaba en alzar las murallas, y reedificar las casas. Cada dia se sacaban de los escombros centenares de muertos á medio consumir; las exhalaciones pútridas y los cadáveres hacinados habian corrompido el aire de la llanura; y nosotros, pasando lo mas lejos posible de los muros, fuimos á hacer el alto de mediodia al lugar árabe llamado las aguas de Acre, debajo de un vergel de granados, higueras y morales, cerca de los molinos del pachá. A las cinco de la tarde volvimos á emprender nuestro camino, y fuimos á acampar debajo de un bosque de olivos plantados en las cumbres de los primeros collados de Galilea.

El 12 nos pusimos en marcha á los primeros resplandores del dia, y atravesamos una colina plantada de olivos y de algunas encinas verdes, unas esparcidas á grupos, y otras de la altura de los jarales que crecen bajo los roedores dientes de los camellos. Cuando llegamos á la otra parte opuesta de esta colina, se ofreció á nuestra vista la Tierra Santa, ó la Tierra de Canaan; y la impresion que nos causó fué grande, agradable y profunda. No es ciertamente este hermoso pais la tierra desnuda, peñascosa y esté-

CAPILLA ALFONSINA
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
F. A. F. U.

ril, ni la colmena de bajos y descarnados montes, como nos pintan la tierra de promision algunos escritores preocupados y algunos viajeros, que acosados por la prisa de llegar y escribir, solo han visto de los variados é inmensos dominios que ocuparon las doce tribus, la senda montuosa que conduce en dos dias desde Jaffa hasta Jerusalen.

Engañado por ellos, esperaba ver un pais sin estension, sin horizonte, sin valles, sin llanuras, sin árboles, y sin agua tambien: una tierra cubierta de montes pequeños, grises ó blancos, en la que el árabe ladron se oculta en los escondrijos de los barrancos para despojar al viajero. Asi puede considerarse quizá el camino que guia de Jerusalen hasta Jaffa; mas en cuanto á la Judea, es muy distinto, y la voy á describir tal cual la hemos visto el primer dia desde lo alto de los collados que rodean el llano de Tolemayda, tal cual la hemos observado al otro lado de las colinas de Zabulon, de las de Nazareth, y desde la falda del monte la Roseé-de-l'Hermon, ó del monte Carmelo; y tal, en fin, cual la hemos recorrido en toda su anchura y con toda su variedad, desde las alturas que dominan á Tiro y á Sidon, hasta el lago de Tiberiades, desde el monte Thabor, hasta las montañas de Samária y de Naplusa, y desde allí hasta los propios muros de Sion.

Lo primero que se presenta á nuestra vista es el llano de Zabulon. Nosotros nos hallamos situados entre dos ondulaciones ligeras, ó dos líneas de prominencias de la tierra que no pueden llamarse colinas: el vacío que dejan estas entre sí, profundizándose delante de nosotros, forma la senda por donde caminamos.

Está trazada esta senda por los camellos, cuyo paso disuelve el polvo hace cuatro mil años; y como estos animales sientan sus pesados pies siempre en el mismo sitio, tienen formado anchas y profundas cavidades en la roca blanca y poco dura que cubre la superficie de la tierra, desde el cabo de Tiro, hasta las primeras arenas del desierto líbico, ó de la Libia. A derecha é izquierda, las faldas redondeadas de estas lomas se encuentran de veinte en veinte pasos sombreadas por grupos variados de arbustos que conservan sus hojas en todas estaciones; á mayor distancia se elevan algunos árboles, cuyo tronco es nudoso, sus ramas gordas y entrelazadas, y su follage inmóvil y sombrío: en su mayor parte son encinas verdes de una especie particular, cuyo vástago es mas alto y delgado que el de las encinas de Europa, y cuya hoja aterciopelada y casi redonda carece de las puntas de la hoja de la encina comun. El terebinto, el algarrobo y alguna que otra vez el sicomoro y plátano, completan el adorno de estas lomas. Tambien se encuentran otros árboles, cuyos nombres ignoro: algunos de ellos tienen la hojarasca de los abetos y los cedros; otros, que son los mas hermosos, se parecen á los sáuces por el color de su corteza, la gracia de su ramage, y el claro tinte de su verde amarillento; pero les esceden, sin admitir comparacion alguna, en estension, en elevacion y en espesor: las mas numerosas caravanas podrian abrigarse al rededor de su tronco colosal, y acampar juntas bajo su sombra con sus bagages y camellos. En los anchos y frecuentes espacios que dejan estos árboles en las pendientes de las lomas, hay bancos de rocas blanquizcas ó de un

CAPILLA ALFONSINA
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
U. A. N. L.

gris azulado que sobresalen de la tierra, y se muestran á la vista, cual los vigorosos músculos de la armazon del cuerpo humano, que se pronuncian mas fuertemente y con mas prominencia en la vejez, en términos que parece que van á agujerear el cútis que los cubre. Empero entre estos bancos ó moles de piedra, hay una tierra negra, ligera y profunda, que produce matorrales ó zarzas espinosas, granados silvestres, rosas de Jericó, como asimismo cardos, cuyo tallo sube á la altura de la cabeza de un camello: esta misma tierra produciría el trigo, la cebada y el maiz, á poco que la removiese el arado.

Descrita una de estas colinas es como si lo estuvieran todas, sin mas escepcion que alguna diferencia en la forma; y la imaginacion puede representarse su efecto, á medida que las vea citadas en los paisages de Tierra Santa. Andábamos, pues, entre estas dos colinas, y principiábamos á volver á bajar suavemente, dejando á nuestra espalda el mar y la llanura de Tolemayda, cuando descubrimos el primer llano de la tierra de Canaan, que era el de Zabulon, jardin de la tribu de este nombre.

Las colinas que acabamos de atravesar se separaban graciosamente á derecha é izquierda delante de nosotros, formando dos curvas simétricas, semejantes á dos olas que han perdido su fuerza, y que al tiempo de mezclarse y confundirse, se cortan y separan por la proa de un buque. El espacio que dejan entre sí las colinas, y que se iba ensanchando gradualmente, era como una bahía de poca profundidad que el mar dejaba penetrar entre los montes: esta bahía, ó golfo de tierra lisa

y fértil, formaba despues un espacioso valle, y en el punto donde las dos colinas que lo encerraban se estinguian, se convertia este valle en ovalada llanura, cuyas dos estremidades se hundian de nuevo en la sombra de otras dos filas de colinas. El llano se puede calcular de una legua y media de latitud, y sobre tres ó cuatro leguas de longitud. Desde la elevacion que ocupábamos á la desembocadura de las colinas de Acre, nuestra vista se tendia naturalmente; seguia sin querer las sinuosidades de ellas, penetraba en las estrechas bahías que formaban estas cadenas ó cordilleras de pequeños collados, y se perdian en las raices de los montecillos que las terminan: á la izquierda las altas cimas doradas y escabrosas del Líbano desprendian sus atrevidas pirámides hasta el azul oscuro del firmamento de la mañana: á la derecha, la colina en que estábamos se elevaba insensiblemente, á medida que se alejaba de nosotros, y yendo como á encadenarse con otras formaba diferentes grupos de elevaciones ó de alturas, las unas áridas y desnudas, las otras vestidas de olivos é higueras, y coronadas las demas en su cumbre por poblaciones turcas, cuyos blancos minaretes contrastaban con la sombría columnata de cipreses, que casi rodean siempre las mezquitas. Mas á nuestro frente, el horizonte que terminaba la llanura de Zabulon, y que se estendía á un espacio de tres ó cuatro leguas, formaba una perspectiva de colinas, de montañas, de valles, de cielo, de luz, de vapores y de sombra, ordenados con tal armonía de colores y de líneas, confundidos tan felizmente en la composicion, entrelazados con una simetría tan preciosa, y varia-

CAPILLA ALFONSINA
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
F. A. N. L.